

LA VENDEDORA DE PERIÓDICOS.



I.

Los diarios de la tarde!
¡Eh! ¡*La Libertad!* ¡*La Francia!*»
Al escuchar estos gritos
salir de la voz cascada
de una vieja, en una esquina
del *boulevard*, me paraba
todas las tardes. Los vidrios
en farolas y ventanás
del sol los rayos postreros
partían en rojas bandas.
Yo pedía mi periódico,
interrumpiendo la marcha,
y, luchando con el aire,
sus dos hojas desplegaba.
Las intermitentes luchas
políticas no me exaltan;
las revoluciones hacen

escépticas á las almas,
y no consiguió la mía
lauros de privilegiada;
mas por añeja costumbre
maquinal y necesaria,
compro siempre algún diario
y leo todas sus páginas
para enterarme siquiera
del que sube y del que baja;
como quien mira al barómetro
antes de salir de casa.

«¡ Los diarios de la tarde !»
grita sin cesar la anciana.

A veces, ágil muchacho
por allí corriendo pasa,
y sobre la tiendecilla
un grueso paquete lanza
de diarios, que aun conservan
el acre olor de la máquina,
por entre cuyos cilindros
ruedan las hojas gallardas,
apareciendo partidas
en líneas negras y blancas.

«¡ Ya no me queda ninguno !
¡ Señor ! ¡ Es muy tarde ! ¡ Vaya !
¡ Un País ! ¡ Una Estafeta !»

Así, con sonrisa franca,
la vieja todas las tardes,
al llegar yo, me gritaba.
«¡ Las discusiones aumentan !
¡ El Ministerio declara
su política ! ¡ Las gentes
peroran y se entusiasman,
cruzando por las aceras,
con mucha ansiedad ! Aguardan
los periódicos..... Y vienen.....
¡ zás ! ¡ y me los arrebatan !»

¡ Lo que yo me divertía
con sus veras y sus chanzas !

«Vamos mal, ¡ oh ! ¡ Los veranos,
son lentos ! ¡ Nunca se acaban !
¡ No producen emociones !
¡ Y, ya usted lo sabe, tardan
de una manera en abrirse
las sesiones de las Cámaras !
¡ Hasta el quince de Noviembre !
¡ Si no fuera por las causas
criminales, de seguro,
de seguro me arruinaba !
»Es muy triste confesarlo ;
pero las grandes infamias,
los grandes robos, las grandes
explosiones en las fábricas,

nos producen tanto, tanto,
que..... ¡la verdad!..... hacen falta.

»En los días del proceso
Billoir, ¡Dios mío, qué ganga!
Pagué todos mis atrasos;
deshice todas mis trampas.
Pero..... como las sesiones
en Versalles, ¡nada, nada!
¡Todas tan entretenidas!
¡Todas! ¡Y luego, diarias!!.....»

Al ir entrando la noche
de la tienda me alejaba,
riéndome del destino
que en sus volubles mudanzas
permite que las más grandes
transformaciones, las altas
empresas, el mismo crimen,
no sólo sirvan y valgan,
ya de feliz escarmiento,
ya de costosa enseñanza,
sino para que en el pobre
rincón de su oscura casa
viva, sin la compañía
del temor, aquella anciana.
Desde entonces los ruidos
de la prensa no me cansan.
Gracias á sus discusiones,
y á sus veleidades gracias,

en el bajel del Estado,
que se tuerce, gira y vaga,
puede vivir satisfecha
una mujer desgraciada;
así como el ratoncillo
que por las bodegas salta
de un gran vapor..... no se cuida
ni del vino ni del agua!

II.

Una tarde—ya los frios
 tiranizaban la tierra—
 entre las sombras del fondo
 de la pobrísima tienda
 algo ví de triste y nuevo
 que me causó larga pena.
 Un niño; no contaría
 más de nueve primaveras;
 rubio, pálido; su rostro
 transparentaba tristeza;
 sus vestidos convenían
 á su dolor; negros eran.
 Estaba sentado en una
 butaquilla muy estrecha,
 y sosteniendo en su falda
 un Diccionario. Sus tiernas
 miradas, á quien supiese
 descubrir, estremecieran.

«¿Quién es?» dije; y al instante
 con cierto orgullo la vieja
 me respondió: «¡ Si es mi nieto!
 ¡ Aprende mucho! ¡ Son buenas
 todas mis noticias!»—«¡ Bravo!
 repliqué, ¡ bravo!»—La abuela,
 temblorosa, no sabía
 cómo pagar mis finezas.

Yo le pregunté: «¿ Lo mandan
 sus padres para que os vëa?»
 —«No, señor, el pobrecito
 es huérfano; ya en la tierra
 sólo en mis cansadas manos
 ayuda y apoyo encuentra.
 Pero si yo vivo mucho
 ha de valer, á la fuerza.
 Él estudia, y sabe, ¡ sabe!
 y yo le idolatro, y mientras
 estudio y amor le valgan.....
 ¿ no comprende usted mi idëa?»
 «Toma—le dije al muchacho—
 toma y corre, buena pieza,
 ¡ toma!» y en sus dedos hice
 deslizar una moneda.
 Solos quedamos, y entonces
 dije: «¡ La verdad! ¿ Es buena
 su salud?» Con un sollozo
 dió principio la respuesta.
 «¡ Ay, señor, esos temores

son los que me desesperan!
 No va bien, no; ¡sufre tanto!
 ¡Ay, señor, y no se queja!
 ¡Tan débil como su padre!
 ¡Tosé mucho! ¡Duerme apenas!
 No conozco ningún niño
 más dispuesto á la obediencia,
 ningún otro que más calle,
 ningún otro que más sepa.....
 pero sus ojos se cubren
 con unas sombras muy negras
 y sus mejillas se tiñen
 del color de la azucena.»
 —«¡Valor!» contesté.—«Lo tengo.
 ¡Oh! mi negocio prospera;
 así, que nada le falta
 al pobrecito. Si ordena
 el médico muchos gastos,
 Dios en seguida me presta
 salvación. Hace tres meses
 temieron por su existencia,
 y fueron las medicinas
 muchas y muy caras. Era
 por los días de la crisis
 Dufaure; aumentó la venta,
 y con lo que fui ganando
 le salvé.» La pronta vuelta
 del niño cortó mis frases,
 todas rápidas y trémulas.

A Paris y á su tumulto
 dejé con el alba nueva.
 Entre brumas se quedaron
 sus *vaudevilles*, sus tragedias,
 su *lago*, su hermoso *Bosque*,
 sus pillos y sus *grisetas*.
 Desde entonces ya leía
 con más interés la prensa;
 y cuando en las apretadas
 líneas de menudas letras
 surgían ya fuertes luchas
 en las Cámaras, ya horrendas
 catástrofes, ya el escándalo
 de la actriz más hechicera,
 soñando con perspectivas
 más libres y más risueñas,
 sin cuidarme de perfiles
 gramaticales, de necias
 metáforas ó de giros
 de pretenciosa belleza,
 decía: «¡Cuánto me alegro!
 ¡Lo que ganará la abuela!»

III.

Al volver á París, supe
 que ya el niño estaba muerto.
 «¡Ay, ay, señor», me decía
 la pobre abuela gimiendo.
 «¡Educarlo, contemplarle
 con tanto amor..... y perderlo!
 ¡Dígame usted si en el mundo
 cabe mayor sufrimiento!
 Este dolor me asesina,
 al andar me tambaleo,
 todo logra trastornarme
 y ya de nada me acuerdo.....
 Antes por verle dichoso
 me afanaba en mi comercio;
 más de una vez combinando
 ardides vencióme el sueño.
 Ya, ¿qué me importa? ¡Ya sólo
 en mi desventura pienso!

¿Cómo no? *Los Incurables*
 me abrirán sus puertas. ¡Quiero
 morir pronto! ¡Tal vez pueda
 volverle á ver! ¡Ya veremos!»

¿Qué responder á sus frases?
 ¿Cómo calmar su tormento?
 Para tamaños dolores
 alivio eficaz no encuentro.
 Todas las tardes volvía
 por mis diarios, y viendo
 su pena muda, guardaba
 un elocuente silencio.

Por entonces discutianse
 los actos de aquel Gobierno
 con tan irritado encono,
 con tan visible desprecio,
 que al fin logró interesarme
 aquel batallar tremendo
 de pasiones desbordadas
 y femeniles desëos.
 Ya con furor atacando,
 ya con afán defendiendo,
 eran muchas las polémicas
 y el hablar alto y violento.
 «¡El Gabinete no sabe
 utilizar los progresos!
 ¡Ah, señores! es pre ciso

derrotar al Ministerio.
 ¡La agricultura y las artes,
 y la industria y el comercio
 florecerán con la vida
 y la protección del nuevo,
 que será más decidido,
 que será más homogéneo!»

Después de siete semanas
 de lucha, cayó el Gobierno.
 Yo estaba desesperado.
 ¿Cómo tolerar aquello?
 ¡Destruía las costumbres
 del orden! ¡Clamaba al cielo!
 Abandoné muy temprano
 la cama y salí corriendo
 á la calle. ¡No podía
 convencerme! ¡lo confieso!
 ¿Lo afirmaban los periódicos?
 ¡Era preciso leerlos!

Ya todo París se había
 anticipado á mi celo.
 Tan solo quedaba un *Siglo*
 de la vispera. Recuerdo
 que ya estuve casi á punto
 de desesperarme; pero
 al reparar en el rostro
 alegre, movido y fresco
 de la pobrecita anciana,

mudaron mis sentimientos.

«¡Vaya! ¡se olvida!» me dije.
 «¡Ya no se acuerda del nieto!
 ¡Todas iguales!» Mas ella,
 que leyó mi pensamiento,
 así dijo: «¡Vaya! Cuando
 está mi rostro risueño
 es ¡ay! porque solamente
 por su dicha me intereso.
 Yo ¿para qué necesito,
 diga usted, tanto dinero?
 ¡Ya la tierra que le envuelve
 es suya! ¡propia! Yo rezo
 allí todas las mañanas,
 muy temprano, y cuando puedo,
 muchas flores, sobre todo
 rosas y adelfas, le llevo.....»
 —«¡Muy bien!»—«Señor, esparcidas
 sobre su tumba las dejo,
 y al irme digo, llorando:
 ¡Mis plegarias recogieron
 en sus cálices; su aroma
 las hará subir al cielo!»

Estreché la débil mano
 de la infeliz, y sintiendo
 mis infundadas sospechas,
 mis criminales recelos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
 "ALEJANDRO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

en tristezas y en ternuras
medité por largo tiempo.

Desde entonces, cuando llega
á mis oídos el eco
de la noticia que anuncia
alguna crisis, me alegro,
porque digo: «¡Pobre abuela!
¡Lo que estará recogiendo
para rosas! ¡Cuántas rosas
va á tener el pobre nieto!»



POR LA BANDERA.